

SERMON

DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

PARA LA DOMINICA DE PASCUA.

(DE GONZÁLEZ.)

Surrexit Dominus vere.

Ha resucitado el Señor verdaderamente.

S. Lucas, c. 24. v. 34.

Convencidos los apóstoles de la divinidad de Jesucristo por su resurreccion, se difunden por los diversos países del globo, para ofrecer á los hombres los bienes inefables, la bienaventuranza inmortal, que solo pudieran obtener por ese medio. España, esta nacion que tan obstinada resistencia opuso siempre á los esfuerzos de los conquistadores, se rinde sin la menor oposicion á estos débiles desconocidos que vienen á conquistarla para el cielo; se alista en las banderas del Crucificado; abraza su Religion y la conserva en toda su pureza é integridad despues de diez y ocho siglos. Las diferentes convulsiones políticas, la mutacion de dinastías, la variacion de los sistemas en el gobierno, nada ha sido capaz de alterar el carácter español en punto á su Religion. Cuantos gobiernos se han conocido, todos han considerado la Religion católica, única verdadera, como el principal y mas sólido fundamento de su existencia: seria por tanto inútil, y tal vez ofensivo á la gloria de los españoles el empeño de convencerlos formalmente de la existencia de la resurreccion de Jesucristo, que es como el dogma fundamental de la Religion cristiana. Sin embargo, como en otros países no se haya mirado con el mismo aprecio, ni conservado con tanto esmero la Religion revelada, y como en muchos de sus

libros se oculte el veneno cruel de la infidelidad, he determinado presentar en compendio á mi auditorio algunas de las razones, en que se apoya este hecho, verificado al tercero dia despues de la muerte de Jesucristo, para impedir, si me es posible, que sean miserablemente seducidas algunas almas que carecen de la debida precaucion.

Preservádnos, Señor, de una muerte tan desventurada, como que asegura una eterna desgracia. Á este fin os pedimos vuestros soberanos auxilios por la intercesion de esa Señora, cuya alegría, al ver gloriosamente resucitado á su Hijo, no puede desconocerse. *Ave María.*

Si no tuviera el hombre la desgracia de abusar tan frecuente como funestamente de su razon, ni necesaria, ni pudiera dársele otra prueba mas convincente de la verdadera resurreccion de Jesus Nazareno que el testimonio del mismo Dios; pero ha llegado á tal extremo su soberbia que, despues de haberle cegado, le ha hecho establecer como dogma fundamental la suma ignorancia, el escepticismo universal, para sacar de aquí un argumento demostrativo, con que impugnar las verdades anunciadas en los Libros santos por la Sabiduría infinita; argumento tan conluyente como el de un insensato, que con solo cerrar los ojos pretendiera demostrar, que el Omnipotente no habia formado la luz y los colores que perciben claramente aún los brutos incapaces de razon. No es mi ánimo detenerme á convencer á semejantes sabios, con quienes juzgo no debe usarse el racionio y sí otro género de pruebas mas sensibles; me dirijo á otros que presumiendo de sabios en todo el rigor de la palabra, se desdennan de creer que Dios haya hablado á los hombres, para manifestarles unas verdades superiores á la capacidad de su comprension. Para esto, prescindiendo por ahora de la cualidad de inspirados de Dios, de que se hallaron dotados los evangelistas que refieren unánimes el hecho de que se trata, no me valdré de su testimonio, sino como pudiera hacerlo del de cualesquiera otros historiadores, testigos oculares de los sucesos que refieren. Tendré buen cuidado de no apartarme un ápice de las reglas de una severa crítica, de esa ciencia en que tantos adelantamientos han hecho los referidos sabios (no sé si todos con buena intencion).

Previas estas advertencias, digo, que son irrecusables los testigos que deponen en favor de la resurreccion de Jesucristo. Todos refieren de un mismo modo un hecho, á que se hallaron presentes; lo refieren al mismo tiempo, en el mismo pueblo, delante de los hombres mas poderosos y mas obstinados en impugnarlo; lo refieren despues de un severo exámen, y fundados en unas pruebas que los convencen, sin dejarles la mas mínima duda. No, no se podrá decir jamas que creyeron ligeramente y que precipitaron su juicio. Las piadosas Marías les anuncian esta prodigiosa nueva, y aquellos hombres ignorantes, cuya credulidad es tan satíricamente censurada de Porfirio, no solo dudan de su verdad, sino que por entónces califican á aquellas infelices mujeres de ilusas, entusiastas y delirantes. Movidos sin embargo de un superior impulso, se dirigen al lugar donde estaba sepultado su Maestro; llegan al sepulcro, lo hallan abierto, y aunque ven que falta el cadáver, suspenden el juicio en medio de una extraordinaria admiracion. El mismo Resucitado se ofrece á su vista; les habla, les da en rostro con su poca fe; y aún así no se resuelven todavía á creer un hecho tan prodigioso, temiendo no fuera una ilusion, hasta que el Señor les hace tocar su cuerpo con las manos, obligándolos por este medio á palpar la verdad, para que se resuelvan á creerla.

Hay mas: uno de los discípulos que no se hallaba presente en aquella ocasion, informado de lo ocurrido por sus compañeros, no puede llegar á persuadirse de la verdad de aquella relacion, y asegura que jamas la creerá hasta que vea por sus propios ojos al Señor, y toque con sus manos las heridas de los clavos y de la lanza. No tardó esto en verificarse; presentándoseles de nuevo el Señor á pocos dias, dirige la voz á este inflexible discípulo, y le hace palpar en efecto las heridas de sus manos y costado, y exclamar poseído de rubor, de admiracion y de júbilo: *si, en verdad que este mismo es mi Señor, mi maestro y mi Dios* (1).

No creáis que se deja ver una sola vez, ni de una sola persona este Dios-Hombre vuelto á la vida: por espacio de cuarenta dias se aparece á mas de quinientas personas; conversa con ellas; toma en su compañía el alimento, procurando por estos

(1) *Joann. c. 20. v. 28.*

y otros mil medios persuadirlas á que efectivamente ha resucitado, como tantas veces lo habia prometido; y era el mismo que toda Jerusalem habia visto espirar en un madero ignominioso. Ved ahora si pueden darse pruebas mas demostrativas, y si los mayores sabios y los críticos mas severos hubieran examinado el asunto mas detenida y escrupulosamente. No, los apóstoles no padecieron ni pudieron padecer el menor engaño en esta parte; pero, ¿no pudieron convenirse para suponer verificado este prodigioso hecho?

Ah! fuera una extremada osadía usar de mis propias palabras para responder á esta pregunta, á la que ha contestado un san Juan Crisóstomo con su natural elocuencia. Los apóstoles (dice con corta diferencia este gran Padre), aquellos hombres ignorantes y groseros que ni habian estudiado las ciencias, ni se habian ocupado en otro ejercicio que en el de la pesca; aquellos hombres pusilánimes hasta lo sumo, que despues de haber presenciado los innumerables prodigios obrados por su divino Maestro, le desconocen, le niegan, le abandonan, huyen acobardados á ocultarse, luego que le ven preso; aquellos hombres, ¿tendrian el talento necesario para inventar una ficcion semejante? ¿tendrian la fortaleza necesaria para arrostrar la persecucion, los tormentos, la muerte que veían inevitable, si predicaban la resurreccion de su Maestro en presencia de los pontífices, de los judíos, del presidente, de todos los enemigos que con tan enconado empeño le privaron de la vida? ¿Dónde se ha visto que los mismos que habian manifestado tan poco celo, por no decir la mayor indiferencia, por el honor y los intereses de un amigo, cuando podia saberlo, agradecerlo y recompensarlo, puesto que vivia, hagan los esfuerzos mas heroicos, se expongan á los mayores peligros, arrostran la muerte mas cruel por defenderle y promover su gloria, cuando es incapaz de conocer y remunerar los servicios que se le hacen por estar privado de la vida? Y si lo hicieron así los apóstoles, conduciéndose como los héroes mas distinguidos, ¿pudieran ni aún pensar en una impostura tan escandalosa? ¿los apóstoles, unos hombres que predicaban con las palabras y con el ejemplo el mas absoluto desprendimiento de todo lo carnal y mundano, y la práctica de la moral mas sublime y de la mas pura virtud? Y cuando lo pretendieran, ¿cómo hubieran hecho tomar parte en su impostura á los mas declarados enemigos de aquel, cuya

resurreccion predicaban? El historiador mas célebre de los judios, Flavio Josefo, asegura expresamente en su historia, como un hecho de la mas notoria publicidad, que Jesus Nazareno resucitó al tercero dia despues de su muerte. Saulo, el enemigo mas encarnizado de Jesucristo y de sus adoradores, se convierte de repente en el predicador mas celoso y entusiasta de la resurreccion y divinidad del Nazareno, y derrama gustoso su sangre para dar con ella un público testimonio de esta verdad. Los emperadores de Roma, no pudiendo dudar del hecho, pretenden colocar en el número de sus dioses al resucitado.

Qué es una impostura! y ¿qué diligencias se practican para descubrirla, siendo tan interesante su descubrimiento? ¿cómo no se abre el sepulcro y se expone el cadáver á la vista de todos? Decir que los apóstoles le habian robado aprovechándose del sueño de los guardias, es un efugio miserable é indigno de contestacion. Los guardias mismos publican un descuido tan criminal, y léjos de experimentar un severo y ejemplarísimo castigo, son remunerados como si hubieran hecho un importante servicio: los guardias publican el robo del cadáver, y por espacio de cuarenta dias ni se trata de perseguir á los agresores ni de averiguar el punto donde se ha depositado el cuerpo del delito. La sinagoga enmudece, callan los pontífices, los jueces permanecen inmóviles, la noticia de la resurreccion se divulga como un hecho indubitable por toda Jerusalem; los habitantes de esta ciudad se agolpan á dar testimonio de él, y el mundo entero se convence por todas estas señales de la resurreccion de Jesucristo; infiere de esta su divinidad, y le adora como el único verdadero Dios.

Concluyo, puesto que os he prometido la brevedad. De la palabra del mismo Dios, de la historia de los evangelistas, del testimonio de los discipulos, de la confesion de los enemigos, de la conducta de los pontífices y de otras mil pruebas, que me he visto en la precision de omitir, resulta que Jesus Nazareno resucitó al tercero dia despues de su muerte; y de su resurreccion se infiere evidentemente la divinidad de su persona y la de su Religion. Desafiamos al idólatra, al mahometano, al hereje, al deista, al ateo, á todos los incrédulos á que nos den pruebas igualmente demostrativas de sus absurdos sistemas; á que nos presenten testimonios tan irrecusables como los nuestros de su

doctrina. Qué gloria para nosotros, cristianos! ¡qué honor, qué satisfaccion debe cabernos, católicos, de creer esta verdad que tan funestamente niegan otras naciones que se tienen por ilustradas! Continuemos abrigando las nobles ideas que aprendimos acerca de nuestra alma; démosle las consideraciones que se deben á una imágen del mismo Dios; y despreciando esas dudas indecorosas á la razon, gloriémonos en nuestra fe, y consolémonos en la esperanza de que, pues Jesucristo ha resucitado, tambien nosotros resucitaremos un dia para vivir con él eternamente. Amen.